

BARROS ARANA Y RICARDO DONOSO

— POR —

RAUL SILVA CASTRO

SANTIAGO, 1931.



A ADMIRACION por los hombres ilustres toma a veces en Chile carácter de beatería. ¿No hemos visto llamar a don Diego Barros Arana "sacerdote y héroe continental?" Por su parte, don Benjamín Vicuña Mackenna ha sido objeto, en vida y después de muerto, de un culto no siempre discreto y plausible. Ricardo Donoso, que ha escrito sendos libros sobre estas dos grandes figuras literarias de Chile, escapa a la observación. El trabajo que dedicó a Vicuña Mackenna, de grande actualidad ahora que se celebra el centenario del historiador de Santiago, es un modelo de sobriedad y de buena documentación. El que ha consagrado a Barros Arana acaba de ver la luz, y sobre él queremos decir algunas palabras.

Sería fructuoso, seguramente, hacer una comparación entre ambos libros, y aunque no sea este nuestro propósito, permitásenos insinuar algunos puntos de apoyo. Desde luego, la vida de Vicuña Mackenna es una vida inquieta, dominada por intenso dinamismo. Hay épocas en que es difícil seguir la pista del historiador convertido a la vez en hombre público, en periodista y en animador de muchas actividades sociales. Es prodigioso que un solo hombre haya podido en esos años entregarse a labores tan diferentes, repartir la atención a diestra y a siniestra y lanzar uno tras otro libros y folletos interesantes, amenos y eruditos. En cambio don Diego Barros vive siempre consagrado al estudio y a la docencia, y fuera de las pocas veces que se sintió tentado por la política y aceptó cargos diplomáticos, su escritorio lo vio cotidianamente dedicado a la compulsa de documentos y a la redacción de sus profundos trabajos de investigación. Predominaba en él la sangre vasca de sus progenitores, mientras que en Vicuña Mackenna el ímpetu irlandés, hecho de entusiasmo e inquietud, avasallaba toda otra influencia. Ricardo Donoso, que ha apilado la misma escrupulosa conciencia para contar la dinámica vida de Vicuña Mackenna y la metódica de Barros, indica implícitamente las diferencias. La vida de Vicuña Mackenna le hace llenar cerca de setecientas páginas; la de Barros Arana, que se extendió por veinte años más, sólo le demanda trescientas.

Pero si la existencia de Vicuña Mackenna parece por momento un torbellino, la de Barros Arana arroja más enseñanzas. Barros Arana inicia sus tareas literarias en plena juventud, y ya en 1848, "siendo todavía colegial", hace traducciones del francés. En 1906, cincuenta y ocho años más tarde, publica el segundo y último tomo de "Un decenio de la historia de Chile". Al año siguiente muere. En el intervalo, hay tres hechos considerables que revelan diversas facetas del carácter de Barros Arana, de sus predilecciones y de sus desvelos. Uno es la rectoría del Instituto Nacional, que le demandó diez años de ruda batalla, marcada por la reforma que propugnó para la enseñanza secundaria: incorporar a los programas de ésta los estudios científicos y modificar el rumbo de los literarios. Otro es la redacción de la "Historia General de Chile", emprendida a los cincuenta y un años de edad y proseguida sin descanso, a pesar de que en varias ocasiones debió dedicar solícita atención al tercero de los hechos que queremos reseñar. Nos referimos a su participación en la cuestión de límites entre la Argentina y Chile, en que Barros Arana intervino primero como plenipotenciario en Buenos Aires y luego como perito en la determinación de los asuntos suscitados por el trazado de la frontera.

Un rasgo dominante llama la atención en quienes estudien la actuación de Barros Arana en estos negocios: la tenacidad. Los diez años de la rectoría del Instituto fueron una batalla de cada día, en que Barros Arana se mostró activísimo organizador, ya sea como traductor de los textos que necesitaba

el colegio, ya como autor de otros, ya como atento vigilante del rumbo de los estudios, ya, en fin, como eficaz defensor de las conquististas que con él hacia la enseñanza secundaria. Y si se necesitara otro testimonio de la tenacidad de Barros Arana, allí están las páginas de su "Historia General de Chile" para deponerlo. Son dieciséis tomos de gran tamaño, que abarcan los hechos sucedidos en Chile desde los orígenes de la conquista española hasta la promulgación de la Constitución de 1833. Cada una de esas páginas atestigua el estudio minucioso de los documentos, la práctica de una crítica histórica siempre digna y el anhelo de encontrar la versión más pura de los acontecimientos. Notas eruditas, llenas de citas y de referencias, muestran levemente la cuantía de la exploración que Barros Arana debió hacer en los archivos para llegar a los resultados que el lector repasa con interés en la Historia.

Pero también tiene importancia en la fisonomía espiritual de Barros Arana, el carácter íntegro, incorruptible y enemigo de componendas, que no desfallece nunca ni en el umbral de la muerte. Se le ve desplegar su carácter en los diez años del rectorado lo mismo que en el mantenimiento de una actitud altiva ante el Gobierno de Montt. La entereza de su carácter lo hace mal diplomático, como es lógico, pero en Buenos Aires conquista amigos sinceros porque los argentinos reconocen en él un leal partidario de la paz, que hará todos los sacrificios que se le pidan con tal de que dos pueblos hermanos no se ensangrienten por un simple pedazo de tierra. Finalmente, hay también múltiples pruebas de carácter en el mantenimiento de su admiración por O'Higgins a lo largo de su Historia. El viejo pleito de predominio entre O'Higgins y los Carreras encuentra en Barros Arana un juez póstumo que falla en favor del primero y que mantiene, contra toda presión, su bien informado punto de vista.

Ricardo Donoso, penetrado de una gran admiración por Barros Arana, no ha cedido, sin embargo, a la fácil tentación de convertir en panegírico sus páginas. Ama y comprende como pocos los esfuerzos que Barros hizo, a lo largo de su fecunda vida, para mantener la cultura chilena en una situación privilegiada; comparte los pensamientos de su biografiado sobre historia y sobre enseñanza, sobre política y sobre religión, pero se detiene en el momento mismo en que sus páginas pudieran convertirse en un elogio personal. Ha tomado la pluma para narrar fielmente, apoyado en documentos, la vida de un hombre ilustre; no quiere empujarse con su tarea con la incondicionalidad. Así ha nacido este libro que es modelo de biografías históricas y que hacía falta en Chile. En efecto, la vida de Barros Arana, admirada y elogiada por todos los chilenos, no había merecido hasta hoy el homenaje de una obra fundamental en que se expusieran día por día las vicisitudes del historiador, del educador y del patriota. La biobibliografía con que Donoso cierra sus páginas demuestra lo que decimos.

Durante muchos años se ha dicho que Barros Arana es digno del bronce, que sus hechos y sus escritos demandan el público homenaje del monumento que en forma objetiva muestra a las generaciones futuras la cuantía de su esfuerzo y la nobleza de su misión. Desde la muerte del historiador hasta hoy hemos visto llenarse las calles y los paseos de Santiago con las efigies de toda clase de próceres, entre los cuales hay por cierto muchos de mínima importancia. Parece que ha llegado el momento de que se cancele esta deuda notable. El libro de Donoso viene eficazmente a poner de relieve la trascendencia de la obra de Barros Arana, su admirable solidez, fraguada en un estudio incansante y en una elevación de ideas simplemente admirable. Ella podrá servir también de bandera para emprender la campaña que lleve a la construcción de ese monumento que hace falta.